

Girona es una antigua ciudad carmelitana. El primer convento de la Orden, de religiosos, data nada menos que de 1295. Poseyó, también, otro de carmelitas descalzos, fundado el mismo año de la muerte de san Juan de la Cruz. Pero ambos sufrieron la exclaustación nefasta de 1835 con que se suprimieron las órdenes religiosas en España. Quedan, sin embargo, todavía, en la ciudad los muros conventuales que nos hablan del carmelitanismo gerundense, si bien hemos de lamentar con dolor que los intentos de restauración no han logrado realizarse hasta el presente, quizá porque no había sonado aún la hora...

Lo que no podemos negar es la realidad que hace meses hemos presenciado: la fundación del primer convento de madres carmelitas descalzas, con que Girona acredita su amor –particularmente en la persona de su anciano prelado diocesano– a la Orden carmelitana. En efecto, este venerado Obispo, Dr. Cartañá Inglés, que rige la diócesis desde 1934, ha sentido siempre una simpatía y veneración extraordinaria hacia las hijas de santa Teresa. Desde que tomó posesión de su obispado se interesó en traer a su mitra carmelitas de clausura. Pero el proyecto no pasó de ser una mera ilusión hasta que terminada la guerra de liberación (1939) se empezaron a dar los primeros pasos. En 1953 se aprobaron los planos del nuevo convento y se puso mano a la obra de construcción, siempre bajo la benevolencia nunca desmentida del Sr. Obispo y de los señores fundadores señor don José Durall Pujol y su esposa señora doña Dolores Serra y Xargay. Bajo tan buenos auspicios la obra ha llegado a terminarse –en lo que se refiere al convento, vencidas algunas dificultades, que no pueden faltar en toda empresa divina– en condiciones inmejorables para una comunidad de carmelitas descalzas. Para su inauguración se escogió el 27 de mayo del año en curso, cincuentenario de la restauración de la provincia de carmelitas descalzos de Cataluña.

Tres días antes –24 de los mismos– habían salido del convento-madre de Tarragona, las religiosas fundadoras, en tres coches particulares acompañados por el Reverendo Padre Provincial, P. Prior de los carmelitas de la Imperial ciudad y parientes de las monjas, apeándose en la iglesia de los padres carmelitas de la ciudad –donde se cantó una Salve Solemne, con asistencia de toda la comunidad y Seminario Carmelitano para el feliz éxito de la nueva fundación–, y en el convento de los mismos religiosos de Barcelona, para volver a invocar a la Madre común del Carmelo y tomar una sencilla refección, llegando a su destino de Girona a media tarde. Hasta el día señalado, se pasaron las pobres religiosas aliñando y componiendo las dependencias y oficinas conventuales, permitiendo el acceso al sagrado recinto a cuantos curiosos quisieron visitarlo.

Llegó, por fin el domingo, día 27. Amaneció el día no muy complaciente, pero no fue obstáculo para el visiteo ininterrumpido de los devotos gerundenses locales y de la comarca, al nuevo monasterio que iba a cerrarse definitivamente. Llegaron, asimismo, varios coches particulares de familiares y simpatizantes y dos *auto-pullman* con pere-

*[Publicat a *Rocío Carmelitano*, 14 (1956), pp. 1005 i 1011.]

grinos de Tarragona y Badalona, los más de la V. O. T., para sumarse al magno acontecimiento descalzo. No podemos desmentirlo, el nuevo recinto se vió invadido durante toda la mañana y primeras horas de la tarde por los visitantes que querían conocer la morada claustral y a vida descalza.

A las cinco de la tarde, se organizó la procesión eucarística para trasladar el Santísimo de la Parroquia de San José –a unos quinientos metros– al monasterio carmelitano. Integraban la comitiva, en primer término, la cruz procesional y ciriales de la citada parroquia, un nutrido grupo de caballeros y jóvenes de la Acción Católica gerundense, el R. P. Provincial, Fr. Miguel de los Ángeles, religiosos carmelitas descalzos, su Excia. Reverendísima de pontifical llevando el sagrado copón bajo palio con los ministros sagrados, Rdos. Canónigos; seguía la nueva comunidad de madres carmelitas descalzas –que habían salido a su encuentro a unos doscientos metros del convento con las demás religiosas– representaciones de algunas comunidades de monjas de la ciudad, como las Hnas. Carmelitas Misioneras Terciarias Descalzas (toda la Comunidad), Hnas. Carmelitas Descalzas Misioneras y Religiosas del Buen Pastor, y en último término, el numeroso pueblo que respondía con sus voces a los cánticos eucarísticos. Llegados al monasterio se colocó el Santísimo sobre un humilde altar improvisado para el acto, en el patio central del convento, donde el Sr. Obispo bendijo a los asistentes que llenaban en apretada piña, claustros, corredores y ventanas. Repuesto el copón en la capilla provisional, el prelado, profundamente conmovido, pronunció unas palabras de agradecimiento y aliento a las religiosas que iban a formar el nuevo convento, exhortándoles encarecidamente a la guarda de sus Leyes, tan severas y provechosas al mismo tiempo, que resumió en tres puntos: oración, mortificación y recogimiento, síntesis de toda la espiritualidad teresiana. Recalcó, repetidas veces, en su alocución, que esperaba muchas bendiciones del Señor para la diócesis por intercesión de las religiosas Descalzas, fundadas –decía– para la santificación de las almas. Al concluir, impartió la bendición episcopal, leyéndose, seguidamente, el decreto de fundación e imposición de la clausura papal del nuevo monasterio y se pasó inmediatamente a la bendición de todas sus dependencias. Pocos momentos más tarde se cerraba para siempre la puerta regular, con la nostalgia que dejan los grandes y agradables acontecimientos vividos en la intimidad de un recinto carmelitano-teresiano como aquel. Tras aquella puerta claustral quedaban nueve jóvenes carmelitas consagradas exclusivamente al servicio de Dios, que en medio de sus privaciones religiosas vivirán vida celestial “si la puede haber en la tierra”.

La comunidad, pues, queda integrada por nueve monjas, siete profesas, una novicia y una postulante, salidas todas de su convento de Tarragona que tan generosamente y con no menos celo teresiano ha preparado este nuevo palomar de Sta. Teresa, a los 243 años de fundado (1712).

El convento, de estilo muy sencillo y humilde, estilo teresiano, está enclavado en un hermoso paraje, en el nuevo ensanche hacia mediodía de la ciudad, calle de Montilivi, con vistas preciosas por sus cuatro vientos. Consta de planta baja, dos pisos, patio central, cripta-cementerio y espaciosa huerta con su típica ermitilla, de que tan devota era Sta. Teresa. La iglesia está todavía en construcción.

Quiera el Señor bendecir a los generosos bienhechores, don José Durall Pujol y su esposa doña Dolores Serra Xargay, que tan providencialmente han contribuido para que el Señor –como decía Sta. Teresa– tenga un sagrario más y la Orden otro convento reformado, nido de almas predilectas y fragua de santidad.